



MIKE OLDFIELD LA SOLEDAD DEL TAÑEDOR

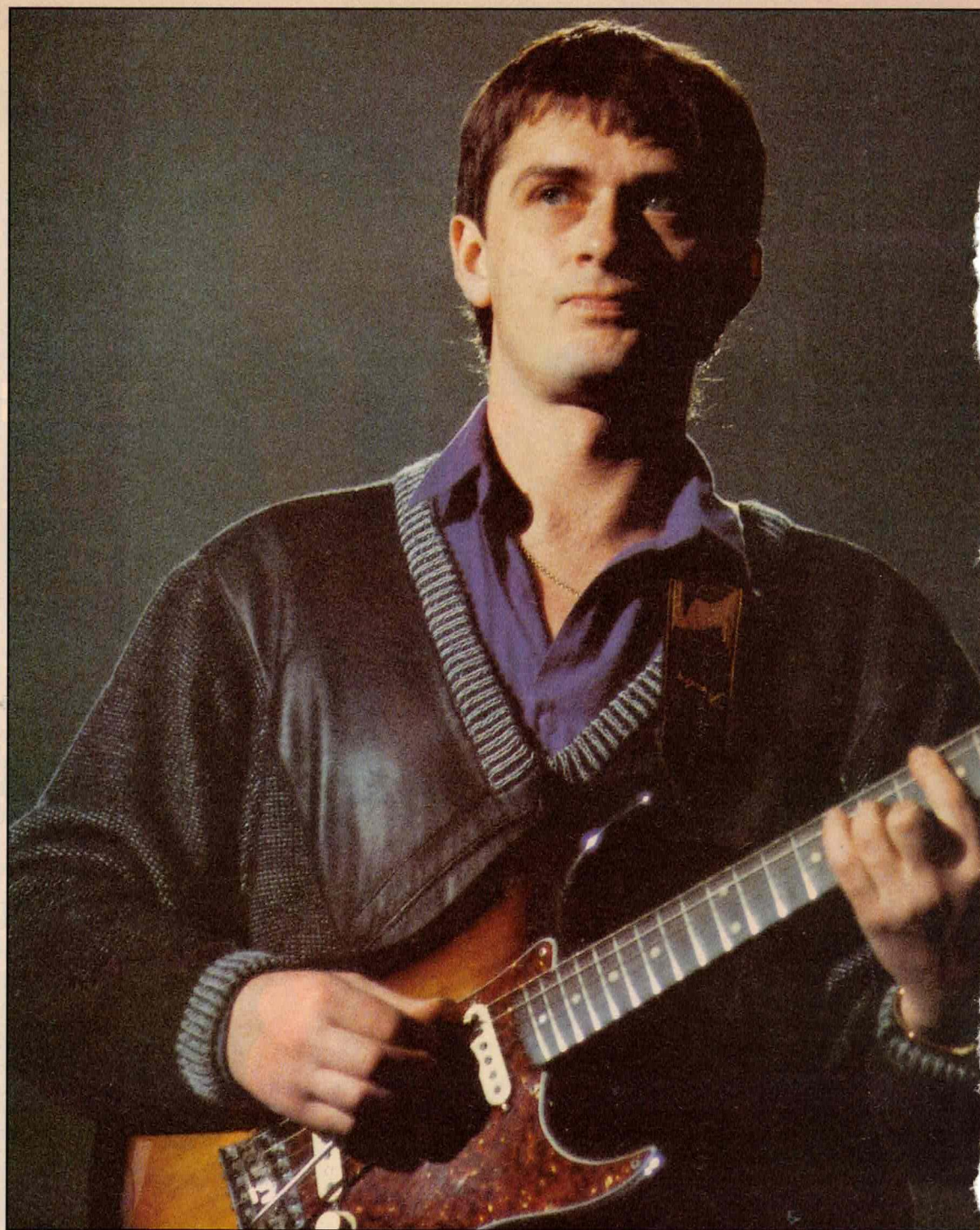
Célebre a los 20 años por su disco *Tubular bells*, Mike Oldfield se estableció en los setenta como multiinstrumentista que desarrollaba largas composiciones de plácido ambiente y engañosa simplicidad. Tras superar graves crisis financieras y personales, Oldfield se ha especializado en la manufactura de airosas canciones que le han ganado un hueco en el mercado del *pop*. Con fama de ermitaño arisco, se desmarca del mundo del *rock* y prefiere identificarse con la imagen romántica del compositor que crea en la soledad. Ayudado, en su caso, por la última tecnología audiovisual.

*Texto: Diego A. Manrique
Fotografías: Manuel Escalera*

Dicen que Mike Oldfield tiene una personalidad ciclotímica; los representantes de su discografía andan de puntillas y piden prudencia en el trato: "Nunca se sabe cómo puede reaccionar". Tengo experiencia al respecto: en 1979, cuando le entrevisté por vez primera, iba de chico revoltoso y se permitió unas cuantas bromas suaves a mi costa mientras rodaban las cámaras de televisión. Y no estaba en su mejor momento: se había embarcado en una desquiciada gira por Europa, arrastrando a una verdadera multitud —orquesta sinfónica, coros, técnicos, amigos— con la que perdía diariamente muchos miles de libras, a pesar de los llenos en cada parada. "Todavía estoy pagando las deudas de aquella locura", recuerda ahora con leve mueca de disgusto.

Hoy se muestra reservado pero cortés (al día siguiente, no sabe muy bien por qué motivo, volverá a enseñar su cara huraña). A sus 34 años, mantiene una fisonomía añorada y sencillez en la indumentaria. Le acompaña en el diván Anita Hergerland, vocalista nórdica que él lanzó en 1985, y que ahora comparte su vida y sus discos. Anita hace gala de una reverencia ilimitada por Oldfield *el músico* y se empeña en complementar sus respuestas y derramar incienso sobre su arte a la deliciosa manera de cualquier madre-de-folclórica. Más adelante, cuando ya ha quedado establecido que no vengo con intenciones aviesas, Anita disculpa a su descubridor: "Mike tiene pavor a la Prensa, en los años setenta le trituraron y llegó a perder su autoestima por culpa de las críticas". La víctima baja los ojos y juguetea nerviosamente con una cadena de la que cuelga una reproducción en oro de la retorcida *campana tubular* que ilustraba la portada de su *elepé* legendario.

Tubular bells salió por sorpresa en 1973, primera referencia del sello británico Virgin, dependiente de una cadena de tiendas de discos con aroma contracultural. Cincuenta minutos de música registrada a lo largo de muchos meses en los tiempos muertos de un estudio campestre, obra personal de Mike, que tocaba prácticamente todos los instrumentos. Gran sensación: Mike, cuyas únicas credenciales eran un dúo *folk* con su hermana Sally y una



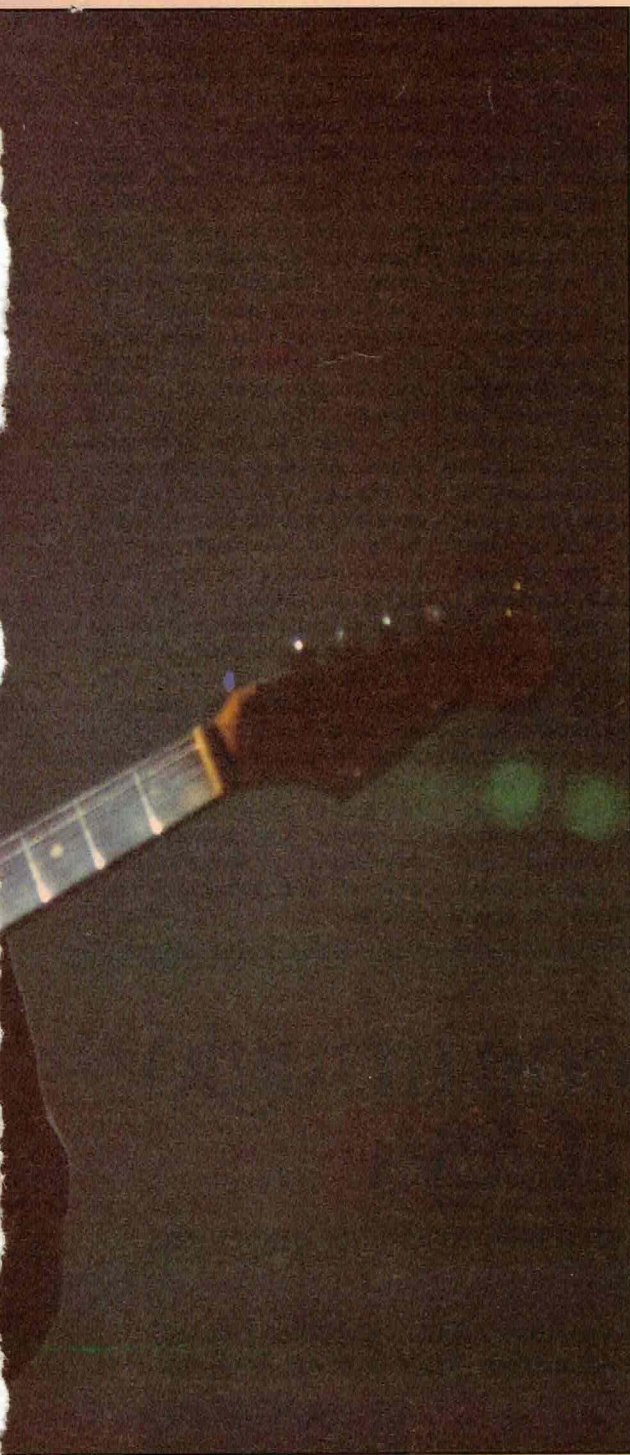
"No necesito estar al tanto de lo que se hace en el 'rock'. La mayor parte es basura. Sólo oigo música clásica. Y algo de 'heavy' cuando necesito relajarme"

temporada como bajista de Kevin Ayers, se revelaba como *juven prodigio* (acababa de cumplir los 20 años) que inauguraba terrenos inéditos para el *rock*. Absorbiendo enseñanzas de la

za. Tubular bells fue un hito en el devenir del *rock* y un disco millonario en ventas, base financiera del imperio Virgin, que hoy abarca editoriales, una línea aérea, producciones cine-

matográficas y negocios aún más insólitos.

El autor era en 1973 un tipo temeroso y alérgico a las entrevistas. Las escasas fotos le revelaban circunspecto, un mozalbete con melena lacia y barba rala. Aparte de una presentación de *Tubular bells* en un teatro londinense, rehuía el directo y se enclaustraba en los estudios de grabación. Tenía nebulosos deseos de convertirse en el equivalente *rock* de compositores accesibles como Benjamin Britten o George Gershwin. Cada *opus* (*Hergest*



Mike Oldfield toca decenas de instrumentos, pero ha conseguido un sonido plenamente reconocible con su guitarra eléctrica.

ridge, *Ommadawn*) ocupaba todo un *elepé*, o incluso, en el caso de *Incantations*, las cuatro caras de un doble.

Decepción: ninguna de esas obras alcanzó las cotas de popularidad de *Tubular bells*. Y los constantes bombardeos de los semanarios musicales británicos mellaron aún más su frágil psique. Pero Oldfield no se hundió: enderezó comercialmente su carrera a finales de los setenta, convirtiéndose en inquilino de las listas de éxitos con cristalinas canciones *pop* habitualmente interpretadas

con voz inmaculada por Maggie Reilly: *Moonlight shadow*, *Five miles out*, *To France*. Para espanto de sus fieles, también se atrevía con el *rock* fuerte (*Shadow on the wall*), los ritmos bailables (*Family man*) o las versiones de temas populares de Abba o los Shadows, como si quisiera sacudirse la añeja imagen de seriedad bucólica.

La teoría dominante es que Mike Oldfield dio el consabido salto de *hippie* a *yuppie*, adaptando sus cualidades a la demanda del mercado. Naturalmente, él rechaza que existiera

tal reciclaje: "Me hacen gracia esas acusaciones. Me gustaría comprobar si esas personas siguen siendo ahora *hippies*". En su descargo, cabe recordar que antes de la famosa gira que le puso al borde de la bancarrota ya estaba elaborando pegadizas piezas breves que se editaron en *singles* propios o en discos ajenos. Y que regularmente publica trabajos extensos, aunque ahora sólo ocupen una cara de *elepé*.

"Racionalizar mis negocios no quiere decir ser un *yuppie*. En la industria de la música hay muchas personas —ejecutivos, agentes, representantes, abogados, promotores— que viven de coger un porcentaje importante de las ganancias de cualquier artista. Si no te espabilas, te quedas sin nada ¡A mí me ha pasado! Así que ahora me ocupo de todo lo que tenga que ver con mi carrera, soy mi propio *manager*". Anita interviene: "Es demasiado bueno para este mundo, todos quieren engañarle".

El santo varón no se siente culpable, obviamente, de triunfar con tonadas bonitas: "Es tan sencillo como esto: hago lo que me satisface. Es más difícil componer una buena canción que un instrumental largo. Requiere mucho trabajo crear una melodía contagiosa y añadir una letra que tenga sentido para ti y que sirva para comunicarte con un público amplio". Anita de nuevo: "Mike hace textos excepcionales, debes leerlos atentamente y descubrirás que dice cosas muy importantes, no se le valora como debiera".

Por una vez, Mike frena los ardores de su acompañante: "Tampoco tiene tantas complicaciones escribir una letra. Yo siempre he tarareado mis composiciones, y para poner versos no necesitas más que un diccionario de rimas y otro de sinónimos. Claro que me dan envidia esos músicos que dicen: 'Voy a hacer una canción sobre la muerte', y les sale sin problemas. No soy un Cole Porter o un Richard Thompson, pero estoy muy satisfecho de mi repertorio de canciones".

La infatigable Anita vuelve a la carga: "No se reconoce que Mike es un buen cantante. Podría poner voz en cualquiera de sus discos y quedaría perfecto". Mike ríe: "Ella y yo somos los únicos que pensamos así, pero tenemos amigos bondadosos

que insisten en disuadirnos de esa idea. Lo que ocurre es que considero la voz como un instrumento más. Hay canciones que requieren una garganta grave como la de Kevin Ayers, mientras otras se benefician del desgarró de Bonnie Tyler o Roger Chapman. Sus timbres están ya en la partitura mental que yo me hago cuando empiezo a grabar".

Declara sin rubor que pasa la mayor parte de su vida laboral en el estudio instalado en su mansión: "Grabó mucho. De *Islands*, mi nuevo *single*, tengo otra media docena de versiones bastante diferentes de la editada. Evidentemente, prefiero grabar que actuar. Si voy de gira y doy 50 conciertos, sólo me siento satisfecho en tres o cuatro. En el estudio tienes una paleta con todos los tonos imaginables. En directo sólo cuentas con media docena de colores básicos y una brocha gorda. Todo es muy burdo y depende de muchas circunstancias ambientales...".

Antes de hurgar en su vida privada, queda un tema por cubrir: la faceta cinematográfica. Anita: "Debes preguntarle por el cine. Seguro que te has dado cuenta de que hay muchísimas películas y series de televisión que tienen música copiada de *Tubular bells* y otras obras de Mike. Es un escándalo". Y es que la grabación original de *Tubular bells* aparecía en algunas escenas de *El exorcista*, donde el director, William Friedkin, explotaba el sugerente embrujo de los sonidos de Oldfield. Pero el autor no quiere ni oír hablar del filme: "Compraron los derechos y usaron mi música sin consultarme. La gente del cine no tiene respeto por nada".

No le ha ido mejor con *Los gritos del silencio*, la película de 1984 sobre las matanzas del Jemer Rojo en Camboya. La publicidad de la productora citaba a un Oldfield exultante ("No creo que vuelva a componer otra banda sonora, no tendré la suerte de encontrar una película mejor que *The killing fields*."). Pero ahora escupe palabras menos amables: "No recuerdo haber dicho eso nunca. Los directores de cine atienden a unas convenciones antiquísimas sobre cómo debe ilustrarse una escena de persecución o un momento de violencia. Está en los libros el uso de determinadas notas para crear tal clima y no puedes sa-/PASA A PÁG. 108

OLDFIELD

VIENE DE PÁG. 107/carles de ese clisé. Mi música para *The killing fields* funciona como disco, pero no está bien encajada en la película. En realidad, encuentro que es una aberración el intentar hacer algo creativo si tienes que plegarte a unas imágenes ya existentes". Escaldado por esa experiencia, Oldfield quiere trabajar por su cuenta en el campo audiovisual: "He ido tomando control de mis vídeos promocionales, hasta el punto que ya me considero un realizador. Tengo sensibilidad para las imágenes, y he instalado en mi casa equipo para crear imágenes por ordenador". Puntualización de la tenaz Anita: "Ya verás lo que ha hecho en el clip de *Islands*. Mike posee ideas geniales y la gente se asombrará cuando cada disco suyo vaya acompañado por un vídeo de igual duración". No me atrevo a comentar que ese concepto no es exactamente novedoso.

Es el turno de "el artista como persona hogareña". Oldfield ha fijado su residencia y centro de trabajo en un pequeño

pueblo —"no puedo decirte el nombre"—, a 40 minutos de Londres. Tiene tres hijos de anteriores uniones, que "estudian música y respetan lo que yo hago, aunque no creo que se inclinen por esta profesión". Como *hobby*, la aviación: "Me gusta volar, conseguí licencia para pilotar aviones ligeros y helicópteros". Anita: "Me da mucho miedo. Le he convencido para que se conforme con modelos a control remoto". Se considera un inglés típico, amante de las viejas tradiciones ("mi equipo de cricket derrotó al de Richard Branson, director de Virgin; es uno de mis grandes orgullos"). Ha pasado largas temporadas en Suiza —"es un sitio que me inspira mucho"— y conoce las islas españolas, como atestigua la portada balear de *Incantations* o títulos como *Mount Teide*. Manifiesta un gran respeto por la música española, aunque sólo pueda mencionar nombres de guitarristas: "Andrés Segovia era uno de mis ídolos. Y he tocado piezas de Francisco Tárrega. También es muy bueno ese guitarrista flamenco. Paco... Paco Giullia". Paco de Lucía, supongo. "Eso".

Cuando se le pregunta si se siente identificado con el quehacer artístico de otros coetáneos parece desconcertado: "Creo que lo que hago es único (silencio meditabundo). Bueno, tal vez tiene algún punto de contacto con lo que tocan Jean Michel Jarre o Genesis. Y Philip Glass, aunque éste sea más... intelectual". A la hostilidad del mundo del *rock* hacia su obra responde con su soberano desprecio. "No necesito estar al tanto de lo que está de moda. Cuando voy en el coche con Anita solemos hacer un experimento: ponemos unos segundos la radio. Siempre sale lo mismo, el chaka-pum-pum-pum. Es basura. Sólo oigo música clásica". "Y algo de *heavy* cuando se siente travieso", apostilla Anita con ademán de complicidad, como si hubiera divulgado un horrible secreto familiar.

Cuando le menciono el fenómeno de los discos y conciertos benéficos, resurge esa antipatía hacia sus compañeros de profesión: "Están emborrachándose en una discoteca y alguien dice: 'Hey, vamos a hacer un disco de caridad'. Y todos se apun-

tan, para salir en las fotos. No creo que tengan motivos honestos: son gente hipócrita y oportunista. Si quisieran hacer algo por la humanidad, bastaría con que soltaran dinero de su bolsillo, pero sin publicidad". Bien, si él lo tiene tan claro, ¿qué ha hecho cuando le han ofrecido participar en alguna de esas aventuras filantrópicas? Silencio. "Sólo me han contactado dos veces..., y no eran asuntos muy definidos. Además, no tengo mucho tiempo". ¿De verdad?

Se produce una incómoda pausa. Anita me atraviesa con la mirada. Vale, vale. Hablemos del sentido de la vida, Mike: "Soy una persona religiosa, aunque no me siento parte de ninguna confesión. Pero sí tengo ciertas ideas sobre lo trascendental, aunque no pienso que deba contártelas a ti. Me gustan las iglesias". Por una vez, Anita no usa la tercera persona para introducir su cuña: "Pero tus verdaderas iglesias son los estudios de grabación. Son lugares sagrados para ti". Y Mike Oldfield asiente con sonrisa beatífica. ■

108

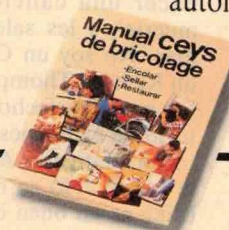
ARALDIT:
El adhesivo más fuerte del mundo.
No pega, une.

Todo tiene arreglo con Ceys

ARALDIT: el adhesivo más resistente que existe. Lo une casi todo.

ARALDIT es el adhesivo más resistente que existe. Une todo con todo, o casi todo: metales, madera, cristal, fórmica, mármol, cerámica...

ARALDIT es utilizado desde las reparaciones en el hogar hasta la restauración del Acueducto de Segovia, pasando por los proyectos espaciales y automovilísticos. Aguanta golpes y vibraciones. Si necesita algo realmente fuerte, elija ARALDIT. Resiste de verdad.



Cumplimente este cupón y envíelo hoy mismo a:
CEYS - Apdo. de Correos 29.102 - 08080 BARCELONA

Recibirá gratis el "Manual CEYS de Bricolage: encolar, sellar, restaurar."

E.P.3

Nombre _____
Dirección _____
Población _____ C.P. _____
Provincia _____

Ceys
LO ARREGLA TODO